

Los agrupamientos en el movimiento obrero francés y las tareas del comunismo francés

(Para el 2º Congreso de la Internacional Comunista)

León Trotsky

22 de julio de 1920

(Versión al castellano desde “Les groupements dans le mouvement ouvrier français et les taches du communisme français”, en *Les Cahiers du CERMTRI*, nº 128, marzo de 2008, París, páginas 77-79)

I

Antes de la guerra, el partido socialista francés se presentaba, en sus cúspides dirigentes, como la expresión más completa y acabada de todos los aspectos negativos de la II Internacional: aspiración permanente a la colaboración de clases (nacionalismo, participación en la prensa burguesa, voto de los presupuestos y de la confianza a gobiernos burgueses, etc.), actitud desdeñosa o indiferente hacia la teoría socialista, es decir hacia las tareas fundamentales socialistas-revolucionarias de la clase obrera, superstición respecto a los ídolos de la democracia burguesa (la República, el Parlamento, el Sufragio Universal, la responsabilidad gubernamental, etc.), internacionalismo de ostentación y puramente decorativo junto a una extrema mediocridad nacional, al patriotismo pequeño burgués y, a menudo, un grosero chovinismo.

II

La forma más clara de protesta contra esos aspectos del partido socialista fue el sindicalismo revolucionario francés. Como la práctica del reformismo y patriotismo parlamentarios se disimulaba tras los despojos de un pseudomarxismo, el sindicalismo se esforzaba en apuntalar su oposición al reformismo parlamentario con una teoría anarquista adaptada a las formas y métodos del movimiento sindical de la clase obrera.

La lucha contra el reformismo parlamentario devenía, así, una lucha no solamente contra el parlamentarismo sino contra la “política” en general, una pura negación del estado en tanto que tal. Se proclamaba que los sindicatos eran la única forma revolucionaria legítima y auténtica del movimiento obrero. A la representación de tipo parlamentario, al hecho de sustituir en los pasillos a la clase obrera por elementos que el eran extraños, se oponía la acción directa de las masas obreras, se atribuía el papel decisivo a la minoría con iniciativa en tanto que órgano de esta acción directa.

Esta breve caracterización del sindicalismo muestra que éste se esforzaba en darle una expresión a las necesidades de la época revolucionaria que se acercaba. Pero errores teóricos fundamentales (los mismos del anarquismo) hacían imposible la creación de un sólido núcleo revolucionario, bien soldado ideológicamente y capaz de resistir efectivamente las tendencias patrióticas y reformistas.

La caída del sindicalismo francés en el social-patriotismo se produjo paralelamente a la del partido socialista. En la extrema izquierda del partido, la bandera

de la insurrección contra el social-patriotismo la desplegó el pequeño grupo dirigido por Lorient. En la extrema izquierda del sindicalismo, el mismo papel recayó sobre el pequeño grupo de Monatte y Rosmer; entre los dos se estableció muy pronto el lazo necesario, tanto en el plano ideológico como organizativo.

III

Hemos indicado que la mayoría longuettista, sin fuerza ni substancia, se confunde con su minoría renaudeliana.

En lo concerniente a la minoría sindicalista que, en el último congreso de Lyon, alcanzaba casi, y sobre determinadas cuestiones, a la tercera parte de los delegados presentes, constituye una corriente aún muy mal definida, en la que los comunistas revolucionarios se codean con anarquistas, que todavía no han roto con las viejas supersticiones, y “longuettistas” del socialismo francés. Las supersticiones anarquistas contra la toma del poder son allí aún muy vigorosas y, en numerosos de ellos, son simplemente el miedo ante la iniciativa revolucionaria y la ausencia de voluntad de acción que se disimulan tras este escudo. De esta minoría sindicalista salió la idea de la huelga general concebida como el medio para imponer la nacionalización de los ferrocarriles. El programa de nacionalización planteado, de acuerdo con los reformistas, como una consigna de colaboración con las clases burguesas, se opone en su esencia, en tanto que consigna que interesa a toda la nación, al puro programa de clase que no puede ser otro más que la expropiación revolucionaria por la clase obrera los capitales de los ferrocarriles y de otras empresas. Precisamente el carácter “conciliador” y oportunista de esta consigna impuesta a la huelga general, lo que ha paralizado el impulso revolucionario proletariado, provocando su falta de seguridad y sus dudas, y, finalmente, lo ha obligado a retroceder, indeciso, ante la acción de un medio tan extremo como una huelga general que le pedía el más grande de los sacrificios en nombre de un objetivo puramente reformista, cogido prestado del arsenal del radicalismo burgués.

La forma clara y nítida con la que los comunistas plantean los problemas revolucionarios es la única capaz de aportar la necesaria claridad a la misma minoría sindicalista, de librarla de las supersticiones y compañeros de suerte y (esto es lo principal) de suministrarles a las masas proletarias revolucionarias un programa preciso de acción.

IV

Agrupamientos exclusivamente formados por intelectuales como *Clarté* son muy sintomáticos de los períodos pre-revolucionarios en los que una pequeña fracción (la mejor) de los intelectuales pequeño burgueses, presintiendo el acercamiento de una profunda crisis revolucionaria, se separa de la clase dominante en plena descomposición y se lanza a la búsqueda de otra orientación ideológica. Conforme a su naturaleza de intelectuales, estos elementos, naturalmente inclinados al individualismo, a la diseminación en pequeños grupos que descansan sobre afinidades o lazos personales, no son capaces de elaborar, y aún menos de aplicar, un sistema preciso de ideas revolucionarias: en consecuencia, reducen su trabajo a una propaganda abstracta y puramente idealista, vagamente pintada con un comunismo anegado por consideraciones puramente humanitarias. Sintiendo sinceramente muchas simpatías hacia el movimiento comunista de la clase obrera, los elementos de este tipo a menudo se desvían, sin embargo, del proletariado en el momento más agudo, cuando las armas de la crítica dejan paso a la crítica de las armas: le devuelven su simpatía al proletariado cuando éste, habiendo tomado el poder, tiene de ahí en adelante la posibilidad de

desplegar en el dominio cultural su genio creador. La tarea del comunismo revolucionario consiste en explicarle a los obreros avanzados el valor, en tanto que síntomas, de tales agrupamientos, al mismo tiempo que los critica por su pasividad idealista y su mediocridad. En ningún caso, los obreros avanzados pueden agruparse como una especie de coro alrededor de intelectuales que hacen de solistas: cueste lo que cueste deben crear una organización autónoma que trabaje independientemente de los flujos y reflujos de la simpatía de los intelectuales burgueses, incluso tratándose de los mejores de ellos.

V

En Francia es necesario actualmente, al mismo tiempo que revisar radicalmente la teoría y política del socialismo parlamentario, revisar igualmente de forma decidida la teoría y práctica del sindicalismo, a fin que sus anticuadas supersticiones no obstaculicen el desarrollo del movimiento comunista revolucionario.

a) Es evidente que si el sindicalismo francés persiste en su “negación” de la política y del papel del estado ello equivaldrá a capitular ante la política de la burguesía y ante el estado capitalista. No es suficiente con negar el estado. Hay que apoderarse de él para poder destruirlo. La lucha por la posesión del estado es la política revolucionaria. Renunciar a eso es renunciar a las tareas fundamentales de la clase revolucionaria.

b) La “minoría de iniciativa”, a la que la teoría sindicalista le abandona la dirección, poniéndola, de hecho, por encima de las organizaciones sindicales de masas obreras, no puede existir sin tomar forma. Ahora bien, si se organiza con reglas a esta minoría de iniciativa de la clase obrera, si se la suelda con una disciplina interna que repose en las necesidades inexorables de la época revolucionaria, si se le arma con una doctrina justa, con un programa científicamente elaborado de la revolución proletaria, se obtendrá, precisamente, un partido comunista, situado por encima de los sindicatos como de todas las otras formas del movimiento obrero, fecundándolas con sus ideas y dándoles una dirección de conjunto de su trabajo.

c) Los sindicatos que agrupan a los obreros de rama de industria no pueden devenir los órganos de la dominación revolucionaria del proletariado. La minoría de iniciativa (el partido comunista) no puede encontrar tal aparato más que en los soviets, que agrupan a los obreros de todas las ramas de industria, de todas las profesiones y, por eso mismo, ponen en primer plano los intereses fundamentales comunes, es decir los intereses socialistas-revolucionarios del proletariado.

VI

De todo esto se deduce la imperiosa necesidad de crear un partido comunista que realice en su seno la fusión total del ala revolucionaria del partido socialista y del destacamento revolucionario del sindicalismo francés. El partido debe crear su propio aparato, perfectamente autónomo, rigurosamente centralizado, independiente tanto del partido socialista como de la CGT y de los sindicatos locales.

La situación actual de los comunistas franceses, que constituyen una oposición interna, a la vez en la CGT y en el partido socialista, priva al comunismo francés de su papel de factor autónomo, lo convierte en complemento (negativo) de los órganos existentes, partido y sindicato, que así permanecen como esenciales.

Esta situación le priva de la combatividad necesaria, de la inmediata ligazón con las masas y de la autoridad de una dirección.

El comunismo francés debe a todo precio salir de esta fase preparatoria. El medio es comenzar inmediatamente la construcción de un partido comunista centralizado y, ante todo, fundar sin tardanza diarios en los principales centros obreros, diarios que, a diferencia de los actuales publicaciones semanales, no sean órganos de crítica interna de las organizaciones y de propaganda abstracta, sino órganos de agitación revolucionaria directa y de dirección política de las masas proletarias.

La creación de un partido comunista militante en Francia es una cuestión de vida o muerte para el movimiento revolucionario del proletariado francés.

Pravda, nº 160, 22 de julio de 1920

Edicions internacionals Sedov



Visita nuestra página web: www.grupgerminal.org
Para contactar con nosotros: germinal_1917@yahoo.es